EL IMPERFECTO MAPA DE LA VÍA LÁCTEA

Yom Hernández

EL IMPERFECTO MAPA DE LA VÍA LÁCTEA

Primera edición: noviembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Yom Hernández

ISBN: 978-84-10400-96-2
ISBN digital: 978-84-10400-97-9
Depósito legal: M-24923-2024

Editorial Adarve
C/ Luis Vives 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres, por la vida.
A Pablo porque sigue intentándolo.
A mi tío abuelo Antonio Hernández Pérez,
(al que no conocí, pero fue el verdadero poeta
de la familia) por legarme, sin él saberlo,
el amor por la poesía.

I

(LA BÚSQUEDA)

EL INICIO

Todo comienza con un acto de fe,
con la necesidad de poner algo sobre el papel,
algo lógico,
evidente,
o si acaso (y con mucha suerte)
algo real,
auténtico.
Algo que nos haga vomitar una realidad
muchas veces ajena a uno mismo,
o dejarnos llevar por el desandar sombrío de las palabras,
como venas,
dominando un cuerpo extraño,
rodeándonos con cada vocablo.
Nos van royendo en una espiral sedienta de verdades
sin cortafuegos,
sin dobles sentidos.
Siempre he creído que se crece cuanto más se escribe,
cuanto más seas capaz de dejarte la sangre
en lo que pones en el papel.
Se dice fácil,
mas no lo es…
Muchas veces miento,
me contraigo,

me rechazo
y me absuelvo,
gritando junto al silencio.
En estas páginas en blanco
intento dejar mi carne expuesta,
aterida,
resuelta.
Muchas veces no lo consigo,
el miedo me vence, la duda también.
En estas líneas, casi siempre invisibles,
el fantasma,
que se hace llamar como yo,
me observa,
me amordaza.
Enfermo de lugares comunes, me acaricia la nuca
helándome con su aliento envenenado.
La mayor parte de las veces recoge mi cuerpo cansado
y lo sitúa en el parnaso de las mentiras piadosas.
¿Dónde está la fe entonces?
Nos mentimos para ser más leales a uno mismo,
para acomodarnos en la soleada ventana
a ver pasar mi cadáver mientras guiño un ojo.
Un acto de fe no es suficiente,
como no lo es la certeza dividida entre mis manos
y mis palabras.
Es la incapacidad de ser uno mismo con fe
o sin ella.
Muchas veces por pasión.
Otras tantas por maldad.

¿Y CUÁL ES TU NOMBRE?

Una
y otra vez
la pregunta cae sobre mi sien,
sacudiendo una duda.
A veces no sé por dónde empezar.
Me cuesta explicarlo
y no me apetece la mayor parte del tiempo.
No sé dónde nace el sonido de la primera vocal,
dónde muere la última letra,
dónde se esconden las voces que en su día clamaron
por mí
y aún esperan la pesquisa de todo lo que debería ser
y no soy.
Ni siquiera sé cómo ha llegado a mí
el sustantivo capaz de sostenerme tan fuerte,
de definir mi carácter,
mi ritmo a veces rápido,
otras lento.
¿Es acaso el eco abstracto que define
un montón de ideas y buenas intenciones?
Y aunque me determine,
no sé si nombra una casa,
una familia,

un pedazo de tierra entre mis ojos,
las neuronas casi seniles
(arrepentidas de su prematura y tediosa muerte diaria)
el abrazo compartido después del café de la mañana.
Cuando todos salen aferrados al reloj,
a olvidarse del codo en la mesa,
los cubiertos sucios o el fogón encendido,
el pedazo de pan que alguien olvidó morder,
las buenas intenciones quedan a la espera del reencuentro
antes de la cena
y se reanudan las conversaciones difíciles
que nunca se han querido mencionar:
las fieles partidas y los huraños regresos,
aferrado a nubes oscuras en la primera decena de mi trayecto,
agarrado al tedio,
al llanto permanente de los que me rodean.
¿Acaso saber mi nombre podría servir para orientar mi camino,
dejar una huella profunda que el clima no consiga borrar?
Saber que empieza con la vigésimo sexta letra del alfabeto,
con ese sonido sonoro
y ambiguo (como lo ha sido mi vida),
es poco más que un regalo,
un recuerdo de que antes de mí algunos se amaron,
añoraron una vida ideal
como solo ocurre en el crecimiento pausado
y perfecto de las veraces plantas en el jardín,
calmadas pero imparables,
buscando cada rayo de sol
sin dudas,
sin arengas.

PRETENSIÓN

No soy el modelo perfecto.
Nadie me hizo a su imagen y semejanza.
Nada ni nadie controla mi modo de pensar.
La química jugó su papel y la física su control.
La termodinámica me compuso de la mejor manera que pudo.
Las leyes de la gravedad ejecutan todo su poder en mí.
Pero nadie fiscaliza el camino, la idea ni siquiera la imaginación.
He sido formado por el tiempo (quizás por demasiado tiempo),
por el ideal y la realidad.
Las razones no son suficientes.
Nadie me ha reparado la idea de ir a por más.
Nadie ha manipulado mis genes, ni mis congéneres.
Y, aun así, nada me acerca a la perfección
más que el deseo de ser perfecto.
Acaso un poquito mejor.

QUE NO SEA POR LA FALTA DE INTENTOS

Intenta siempre decir la verdad.
Intenta que las consecuencias de esa acción no te lastren el alma.
Intenta que cada palabra dicha retenga el valor del tiempo,
que no genere el divino desacuerdo de la sedición
y que sea tu propia verdad la que te conjure con palabras y besos.

Intenta, si puedes, que el dolor de contarlas no degenere tu alma,
ni te haga extraviarte entre dos galaxias vecinas,
tan cruentas como perplejas.
Que los muertos que yacen ante tu puerta
no busquen la redención y la concordia a tu costa.

Intenta, de ser posible, que esa verdad
sea tan fuerte como un aguijón
que no consigue ser lanzado,
tan capaz como una espada con su cromada hoja,
tan eterna como las palabras escritas y reservadas
en el corazón perpetuo de la mirada atenta.

Y YO COMO UN NIÑO

Fui niño desde siempre, pequeño sonámbulo de la risa.
Desterrado de cualquier simpatía naufragué,
nadando de sueño en sueño,
como un marino explorador y voraz.
Ante lo inexplicable y lo común no dejaba de crecer,
de nada servía evitar
estirones y puntapiés muy a mi pesar,
muy a mi dolor.

Yo también fui niño
jugué a crecer antes de tiempo,
dejaba los brazos inertes
como si quisiera poder atraparlo todo,
tal como una red disoluta y febril,
siempre con cara de ingenuo sin pretender.

Yo también fui niño
cuando las luces de la tarde hacían jirones mi timidez:
me escondía ante cada sombra que no quería asumir
y entonces las esquinas me parecían terribles
y los caminos cada día recorridos,
laberintos complejos,
un debate intenso que me obligaba a no evitar.

Esperando en las esquinas me contenía de sonreír,
pero las altas miradas jamás entendieron nada.

ESTA CASA QUE SOY

1
Siempre me gustó creer que una casa me podría hacer feliz.
Eso regala una cierta sensación de seguridad,
de confort,
de *status* falsamente acariciado.
Aunque depende mucho de dónde la poseas…
Pero nunca sabremos qué es una casa formada por paredes,
con un techo para evitar las estaciones,
muebles a la moda
y un cojín enorme
y colorido donde yacer.
Una casa es mucho más que el reflejo mismo
de nuestras mentes anhelantes
y vacías.
Una casa carece de todo si no sientes que perteneces,
que a tu lado tienes el hogar encendido,
el bostezo la mañana después.
No la llama,
no la leña,
ni siquiera el cliché del amor.
La casa que yo busco
tiene que estar
bajo

mi
cuerpo
y muy por encima de mi sien.
Debe atesorar una cosmogonía,
un ideal,
la realidad diaria tras el aroma del café.
Debería engendrarme
y parirme cada día y a cada hora
con la salud de la verdad.
Vapulearme y despertar cada célula en mí.
La casa que necesito no tiene que ser de cristal.
Tiene que ser de sangre
y de carne,
como tú,
con el aliento imperfecto
y la impúdica y nociva necesidad de amar.
La casa tendrá el alimento y la caricia,
el susurro,
la reprimenda
y siempre el consuelo.
La necia voluntad de administrar a dosis pequeñas
las tontas virtudes de los abrazos extendidos,
tan tontos como necesarios.
La casa es lo que soy,
lo que eres,
lo que busco.
Es todo sin posesión alguna.